

dios han estado pacíficamente sometidos á las leyes y bajo la obediencia del Gobierno, hubo en el Distrito de Alamos grandes crías de semovientes que fueron destruidas y acabadas por las revoluciones de la tribu Mayo.

En la actualidad, ni esos ranchos ni los del Distrito de Guaymas, pueden prosperar á causa de los continuos robos de los indígenas. Muy á menudo salen éstos en partidas, á veces con autorización de Cajeme y á veces sin ella, y recogen y se llevan á los ríos los animales que pueden y que no logran recuperar sus dueños, si no es pagando un fuerte rescate á los indios, porque la acción de las autoridades no alcanza hasta ellos.

Tal situación no puede ser más grave, pues no solamente implica el hecho de que una parte considerable del territorio y de la población se encuentra en estado de rebelión constante, fuera del respeto á las leyes y siendo un amago perpetuo para Sonora, sino que además existe allí un foco de corrupción, un centro de bandolerismo, que, naturalmente, ensancha día á día sus proporciones, que arruina al país y constituye una seria amenaza para el porvenir.

Toda la gran extensión de terrenos que ocupan los Yaquis, es susceptible de variadas y grandes producciones de toda clase de semillas, plantas y frutas. En las riberas de ambos ríos hay tierras agrícolas en abundancia, de una feracidad que todos reconocen y en donde se producen desde el trigo hasta la caña de azúcar, y desde el maíz hasta el algodón; es decir, las plantas de todos los climas. Existen también grandes bosques de árboles útiles, que por sí solos constituyen una positiva riqueza, y entre uno y otro de los ríos, los terrenos son inmejorables para la cría de toda clase de ganados.

Existe allí, pues, una gran fuente inexplorada de ricas y variadas producciones que solamente necesita la pacificación de las tribus y la laboriosidad é inteligencia del hombre civilizado, para dar abundantes frutos y cambiar la faz del Estado.

La tendencia primordial de estos indios es conservar su independencia de la raza blanca; vivir y gobernarse por sí mismos, con sus costumbres, sus usos y sus ceremonias. Por tradición, por instinto, y porque con ese propósito son educados desde que nacen, aborrecen á la gente civilizada, pero permiten la permanencia en algunos de sus pueblos de cierto número de habitantes blancos que les fingen adhesión á cambio de mantener con ellos un tráfico mercantil más ó menos pingüe. Permiten también que los viajeros atraviesen sus dominios, pero los obligan á que les dejen las armas que llevan, muchas veces los roban y no son raros los casos en que los asesinan. Lo que no consienten por ningún motivo, es que los blancos adquieran y posean terrenos en el territorio que dominan las tribus.

Ni los Yaquis ni los Mayos pueden considerarse enteramente salvajes. Sus ceremonias religiosas son las del catolicismo; bautizan sus hijos y se casan ante los ministros católicos, que van entre ellos de cuando en cuando. A éstos les guardan cierto respeto, que ha disminuido mucho en los últimos años. En algunos de los pueblos principales de los ríos tienen templos para práctica de las ceremonias y la conservación del culto.

Sus principales alimentos son: el maíz, el frijol, el garbanzo, la carne, el mezcal (que lo comen cociendo el tronco en hornos á propósito que hacen bajo el suelo), y diversas clases de frutas que cultivan ó que se producen espontáneamente. Si muchos de ellos y con especialidad los hombres y los niños están desnudos, es porque su pobreza no les permite adquirir ropa; pero todos los que pueden están vestidos, y en general lo están las mujeres, con muy pocas excepciones. La manta y las indianas que compran en Guaymas y algunas otras telas de algodón que ellos mismos fabrican, es lo que comunmente usan para vestirse. Para el invierno hacen magníficos abrigos de lana.

Las principales industrias que tienen estos indios en sus pueblos son, como he dicho, la agricultura, la cría de ganado y el comercio; además son muy hábiles para hacer telas de algodón y de lana en aparatos imperfectísimos que

ellos mismos construyen; fabrican sombreros y esteras ó *petates* muy finos de palma, escobas, canastos de carrizo y de mimbre, de diferentes formas, y otros varios objetos que venden en Guaymas y demás poblaciones inmediatas; recogen el añil, que se produce en abundancia en ambos ríos, y le extraen el tinte; adoban las pieles de diversos animales; recogen la miel de las colmenas, y, en una palabra, explotan, hasta donde se los permite su grado de cultura, los inagotables elementos de aquella región virgen.

Por todos los distritos del Estado, especialmente en los de Ures, Hermosillo, Guaymas, Alamos y Sahuaripa; en los inmediatos del Estado de Sinaloa; en la Baja California y en los minerales de Chihuahua situados en la Sierra Madre, hay diseminado un gran número de estos indígenas Yaquis y Mayos, que se ocupan en toda clase de trabajos, desde las labores del campo hasta la explotación de las minas, y desde el manejo del arado hasta el de las máquinas de vapor. Ellos son los que componen las cuadrillas de trabajadores de las haciendas agrícolas; ellos son los operarios de las minas; son los mejores marinos de nuestra costa; son los que hacen la pesca de la perla en la Baja California; los que se ocupan en toda clase de construcciones y trabajos urbanos y rurales; los que hacen el servicio doméstico; los que ejecutan cualquiera obra pública que se emprende; y, en una palabra, ellos son el verdadero pueblo trabajador. Dotados de una constitución física envidiable, y acostumbrados desde que nacen á resistir todas las intemperies y á sufrir todas las necesidades, son unos trabajadores incansables que de la misma manera que resisten el hielo del invierno en el regadío de las tierras, resisten también en la llanura los ardientes rayos del sol de Julio, que en nuestro clima es positivamente abrasador. Uno de estos indígenas puede hacer en un día doble trabajo del que haga el mejor de los trabajadores de la raza blanca. Son sanos y robustos y muy moralizados en sus costumbres privadas, pues solamente se les puede notar el defecto de una marcada afición al vicio de la embriaguez, defecto propio de casi todas las razas indígenas del país. En cambio son cumplidos y tan inteligentes, que en poco tiempo aprenden todo lo que se les quiere enseñar. No es raro ver algunos de estos indios manejando los instrumentos y máquinas más complicadas con la misma habilidad que un mecánico.

Muy pocos de estos Yaquis y Mayos, que se encuentran diseminados en casi toda Sonora y en parte de los Estados de Sinaloa y Chihuahua, dejan de conservar por su suelo, los ríos, un recuerdo de patriotismo. La mayor parte de ellos, cuando sus circunstancias se lo permiten, y muy especialmente en el día de San Juan (el Santo cuya fiesta es la más popular entre esta raza), hacen un viaje á su tierra natal, en donde permanecen algunos días, para volver después al lugar en donde ya tienen su manera de vivir.

El tráfico que mantienen constantemente con la población blanca, tanto en los mismos ríos, como fuera de ellos, ha logrado producir el cruzamiento, aunque en muy baja escala, de las dos razas. Esta circunstancia y la de que son muy afectos al vínculo del matrimonio y á formar familia, han contribuido á no permitir, ni la disminución de las tribus, ni su degeneración, cosas ambas que se notan en los aborígenes que se conservan sin mezcla.

#### Población del Yaqui y del Mayo.

Difícil es calcular el número de habitantes que tienen el Yaqui y el Mayo, pues el único dato que pudiera tomarse como punto de partida, es la cantidad de hombres de guerra que han puesto en campaña en sus últimos alzamientos

generales. Los Yaquis, en 1875, llegaron á poner frente á las tropas del Estado más de 3,000 hombres, y los Mayos, en el año siguiente que atacaron á Navojoa, y en 1882 en que también se sublevaron, llegaron á poner sobre las armas como 2,000 combatientes. Si se tiene en cuenta que no es posible que en esas fuerzas estuvieran todos los hombres aptos para la guerra, no es exagerado atribuir entonces al Yaqui un número de 20,000 habitantes, y al Mayo otro de 10,000. <sup>(1)</sup>

Aunque á grandes rasgos y evitando detalles, por no dar á estos informes una extensión que no es de su índole, he procurado, en lo que dejo expuesto, dar una idea del estado en que actualmente se encuentran (1883) estas tribus. Su independencia del Gobierno legítimo, sus costumbres semisalvajes, la carencia de elementos civilizadores que les infundan ideas de mejoramiento moral y les hagan palpables los beneficios que procura la sujeción á las leyes y á la sociedad civil, todo esto conspira á desarrollar en ellos las malas pasiones, y cada año que pasa es más viva su inclinación al robo, al asesinato y á la destrucción, á la vagancia, á la embriaguez, y á todo ese cortejo de vicios que traen consigo.

Si no se emplea un remedio enérgico, no será raro que con el transcurso del tiempo pierdan las cualidades buenas que tienen, y que el país, en lugar de contar con ese número de ciudadanos útiles, no tenga, al fin, más que una tribu perniciosa difícil de mejorar de condiciones.

El Gobierno del Estado, convencido de la necesidad de poner término á la anómala situación de estos indios, ha hecho diversas gestiones en varias épocas, ante el Gobierno Federal, solicitando el auxilio de la fuerza armada para someterlos al orden y organizar sus pueblos conforme á las leyes, con el fin de que obtengan y disfruten de los beneficios de la civilización. Es opinión general que una fuerza de 1,000 hombres de la Federación, con algunos 500 auxiliares que se organicen en el Estado, será bastante para reducir á esas tribus á la obediencia del Gobierno, sin necesidad de luchas sangrientas y sin que fuera preciso destruirlas y aniquilarlas por medio de la guerra. Se cree que al ver un número considerable de tropas disciplinadas haciéndoles una campaña activa y con éxito, en poco tiempo comprenderían su impotencia y se resignarían á la sujeción de las leyes. Con solo conseguir esto y con mantener en los pueblos de los ríos, destacamentos que evitaran las sublevaciones, es indudable que en pocos años habría en aquellas regiones tal número de habitantes civilizados y se habrían creado tales y tan importantes intereses, que por sí solos se defenderían de los indígenas; éstos crearían el hábito de la civilización, probando sus ventajas, y con el transcurso del tiempo, el Yaqui y el Mayo, hoy improductivos y entregados á la barbarie, serían la porción más rica del Estado.

Pero estos proyectos no se han de realizar, á causa de que el Gobierno Federal no ha estado en aptitud de facilitar las fuerzas, y de que el poder local no tiene por sí solo los elementos necesarios para sostener las guarniciones que requiere la conservación de una paz duradera en los ríos.

Aunque á grandes rasgos, he procurado dar una idea del estado que actualmente guardan las tribus Yaqui y Mayo, aprovechando para ello las noticias que he podido adquirir de buena fuente y el conocimiento personal que tengo de estos indios y del territorio que habitan.

En seguida me ocuparé de hacer una relación somera de sus últimos alzamientos, no ocupándome de las épocas anteriores á 1875, por no ser esta Memoria materia de un trabajo histórico que requiere estudios de otra naturaleza.

(1)—NOTA DEL AUTOR.—Sin embargo, estos números deberán hoy (año de 1901), reducirse á menos de 14,000 en los primeros y menos de 6,000 en los segundos, según los últimos cálculos, teniéndose en cuenta las pérdidas que les han causado 20 años constantes de guerra y la peste de viruela que hizo en ellos grandes estragos.

Bien puede asegurarse que ninguna de las otras tribus que hay en Sonora, ha tomado una parte tan activa como los Yaquis y Mayos, en las muchas revoluciones intestinas que han envuelto á esta porción de la República. Lo considerable de su número y su marcada inclinación á rebelarse, han hecho que casi todos los partidos políticos, hayan buscado su auxilio y su cooperación para realizar sus miras. Así es como los vemos figurar de una manera bien notable en las diversas guerras civiles que nos han agitado desde la época de la independencia, tanto en las que han sido motivadas por la política del centro, como en las que han tenido un carácter puramente local. En la guerra contra la intervención francesa, algunos partidarios del imperio, movieron de tal manera á esos indios, que sacaron de los ríos grandes masas de soldados con que sostuvieron la lucha contra las fuerzas liberales; pero es justo consignar que entre éstas había también gran número de Yaquis y Mayos de los que habitaban las poblaciones civilizadas, así como es justo decir que éstos siempre permanecieron fieles á las banderas de la patria.

Posteriormente á esa época han efectuado diversos alzamientos más ó menos formales. Recordaré el que efectuaron en 1875 aprovechándose de la guerra civil que envolvió al Estado. Desde el mes de Julio comenzaron á sentirse en ambos ríos síntomas alarmantes que presagiaban una revolución. El Jefe Cajeme cogió presos en el Yaqui á algunos que se oponían al levantamiento y los fusiló, y coincidiendo con este hecho, las autoridades de Santa Cruz, en el Mayo, lograron descubrir algunas reuniones clandestinas de cabecillas indígenas invitados por el cacique para levantarse. En esa misma época se despoblaron los pueblos de Cócorit y Santa Cruz, los cuales fueron reducidos á cenizas por los indios, y todos los habitantes blancos que había entre ellos comenzaron á huir abandonando los intereses que habían allí creado. A fines de Octubre los Yaquis atacaron un punto llamado "El Guájari" en la Sierra del Bacatete, y se hicieron sentir en otras poblaciones. El Prefecto del Distrito de Guaymas mandó sobre ellos un piquete de 25 hombres de caballería que sirvieron siquiera para evitar los robos que ya comenzaban á efectuar en diversos ranchos.

Tan alarmante se presentaba la situación en el Yaqui, que el Sr. Don José J. Pesqueira que desempeñaba el cargo de Gobernador del Estado, marchó en persona á hacer la campaña con una fuerza de 500 hombres y una batería. El 1º de Diciembre se encontró con una gran masa de indios en la Pitahaya, acaudillados por Cajeme. Después de una lucha muy reñida quedaron victoriosas las fuerzas del Sr. Pesqueira, matando más de sesenta indígenas. Los vencedores tuvieron veinte heridos. Los Yaquis, después del descalabro, se retiraron á sus madrigueras del río, y Pesqueira siguió la campaña sobre ellos, penetrando por todos los pueblos hasta situar su campamento en el Médano cerca de la costa del Golfo. Los indios continuaban rebelados, y algunas partidas de la fuerza expedicionaria tuvieron algunos encuentros con grupos de sublevados, derrotándolos siempre y causándoles varios muertos. Por desgracia no se limitó á esto el daño que se les causó á aquellos naturales, pues además se les capturaron y aprisionaron á sus familias, cometiendo con ellas algunos actos de crueldad, se les quitaron sus pocos bienes, se fusilaron cuantos prisioneros cayeron en poder de las fuerzas y se les cometieron otras diversas clases de ultrajes, que naturalmente daban por resultado que se encarnara más y más la revolución.

Pesqueira había comenzado la construcción de un fuerte en el Médano, pero no pudo concluirlo, á causa de que á fines de Diciembre tuvo que salir del Yaqui para atender á la guerra civil que agitó en esa época á todo el Estado y que en esos momentos había ya invadido á los distritos de Alamos y Hermosillo.

Habiendo salido Pesqueira del río, los Yaquis continuaron alzados y atacaron algunas pequeñas poblaciones y ranchos situados en el Valle de Guay-

mas, á inmediaciones de sus dominios. Desde entonces han estado y permanecen totalmente substraídos á la obediencia del Gobierno.

Los Mayos, por su parte, siguieron guardando la misma actitud, amenazando la plaza de Navojoa, que, para su defensa, tenía una corta guarnición de vecinos armados.

Todo el resto del año de 1875 y todo el de 1876, continuó la tribu promoviendo de cuando en cuando alarmas en las poblaciones limítrofes al río, y en Febrero de 1877, se pudo notar que los cabecillas Mayos Felipe Valenzuela y Miguel Totoligoqui trataban de organizar un levantamiento en el pueblo de San Pedro, con el objeto ostensible de destruir unas vinaterías que estaban cerca de Navojoa. En esta población se había podido formar una pequeña fuerza de vecinos, de la cual 50 hombres de caballería salieron á principios de Marzo sobre los sublevados de los pueblos de abajo. Al llegar á Curimbo fueron atacados por un número como de 400 indios, á quienes lograron vencer después de un reñido combate. Los indígenas tuvieron doce muertos y se llevaron en su retirada varios heridos. Las fuerzas de Navojoa, tuvieron un muerto y siete heridos.

Después de este hecho, los jefes indios prestaron obediencia á las autoridades; pero siempre continuaron las alarmas en el río, dando por resultado necesario que todas las poblaciones situadas abajo de Navojoa se quedaran sin habitantes de la raza blanca.

Desde entonces hasta 1882, los naturales de ambos ríos vivieron en una paz relativa, pues no insistieron en atacar á las poblaciones que estaban fuera de su dominio, ni se organizaban en masas considerables que pudieran infundir temores de nuevos alzamientos. Se contentaban con vivir independientes, sin reconocer más autoridades que las de sus caciques, y con robar constantemente los bienes de campo de los ranchos colindantes.

En 1882 hicieron otra revolución, impulsados por alguna causa especial que aún no es fácil averiguar. En aquella época estaba al frente del Gobierno del Estado, Don Carlos R. Ortiz, cuya familia tenía en Navojoa una hacienda agrícola, por cuya razón se le atribuía interés en ensanchar la adquisición de terrenos en aquella comarca. El Gobernador había nombrado á su hermano Don Agustín, Comandante Militar del Distrito de Alamos, siendo á la vez Administrador de la hacienda. Con este carácter organizó una fuerza en el mismo pueblo de Navojoa, lugar de su residencia, con la mira indudable de que pudiera servir contra los indios.

Este conjunto de circunstancias es lo que han hecho creer á no pocas personas, que la hostilidad partió del Gobierno hácia los indios, para proteger intereses privados de la familia del Jefe del Poder Ejecutivo. Este, á su vez, procuraba ardentemente por medio del Periódico Oficial del Estado, inculpar al partido opuesto á su administración, de la revolución de aquellas castas; pero la misma vehemencia de las inculpaciones y los hechos que tuvieron lugar y aún se conservan frescos en la memoria, demuestran claramente que esa acusación lanzada por el Gobernador Ortiz contra sus enemigos políticos, carecía de todo fundamento. El Estado entero lo comprendió así y nunca se llegó á dar crédito á esa especie.

Lo más razonable es creer, que las tribus por sí solas, obedeciendo á sus instintos revolucionarios y con el fin de ejercer el robo, que tanto cuadra al estado de insurrección en que se encuentran, instigados por sus cabecillas, se preparaban á una nueva revuelta.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que desde Agosto comenzaron las alarmas en el Mayo. Se dijo que cerca del pueblo de Cuirimpo los indios habían asesinado á unos individuos, con cuyo motivo se organizaron más fuerzas en Navojoa con cuantiosos elementos de guerra que el Gobierno había remitido á aquel Distrito con este objeto.

En Septiembre se dijo que el Jefe del Yaqui, Cajeme, se ocupaba de promo-

ver reuniones de indios excitándolos á tomar una parte activa en la revolución que se preparaba por los Mayos.

El Comandante Militar de Alamos organizó nuevas fuerzas, y como se trataba del asunto más popular que hay en aquel Distrito, la defensa contra esas tribus, todo el mundo se prestó á servir, y en breve tiempo había sobre las armas como 1,000 hombres, entre ellos algunos jóvenes de las buenas familias de Alamos.

A principios de Octubre se participó que Cajeme, con 3,000 Yaquis, había penetrado al Mayo situándose en el pueblo de Echojoa, en donde se le reunieron como 1,000 Mayos. Desde allí estuvieron haciendo sus excursiones por los ranchos de Bacabachi, Capetamaya, Chinobampo, Yópori, Torobena y otros, robando los ganados y sembrando el terror entre los habitantes, que comenzaron á huir por diferentes rumbos. En Navojoa no quedaron más que los hombres capaces de empuñar las armas, habiéndose refugiado la mayor parte de las familias en la Ciudad de Alamos.

El 15 de Octubre, Don Agustín Ortiz, con 150 hombres de infantería y 130 de caballería, salió de Navojoa sobre Capetamaya, en donde, según noticias que había recibido, se encontraba una fuerza de 1,000 indios. En la mañana del día siguiente, al llegar á aquel rancho, se encontró con todo el grueso de las fuerzas de Cajeme y se trabó un reñido combate verdaderamente sangriento, en que de una y otra parte se disputó la victoria con ardor. Circularon diversas versiones sobre quién obtuvo el triunfo, y lo que parece más cierto es que unos y otros combatientes, fueron igualmente derrotados, pues mientras que Cajeme y sus indios huían hácia el Yaqui, Ortiz y sus fuerzas salían dispersos y en confusión por Navajoa, Promontorios, Quiriego, Batacosa y otros puntos. Según los partes rendidos al Gobierno, quedaron en el campo 200 indios muertos y se dijo que Cajeme había salido herido. De la tropa de Ortiz murieron 15 y quedaron 50 heridos, contándose entre los primeros los Oficiales Uriel, Hill, Espiridión Obregón y Tomás Leal, y entre los segundos Ramón Valenzuela, Miguel Serrano, Francisco F. Tellechea y Bartolomé A. Salido, Oficiales también.

Una parte considerable de los dispersos de las fuerzas del Gobierno, se reunió en Navojoa á la guarnición de 500 hombres que allí había quedado.

En estas circunstancias tuvieron lugar en el Estado los acontecimientos políticos que determinaron la separación de Don Carlos R. Ortiz del Gobierno local, y por orden del Vice-Gobernador se dió de baja en Noviembre casi toda la fuerza de Navojoa, pues no quedaron allí más que 50 hombres de guarnición. Una parte de éstos salió á expedicionar hácia los pueblos de abajo, y el día 8 del mes antedicho atacó á una partida de indios cerca de Navojoa, dispersándola.

Los recursos para mantener esta actitud armada y hostil contra los indios, se habían agotado, y no era ya posible sostener aquella situación que de día en día se hacía más tirante. El comercio de Alamos elevó entonces una solicitud al General en Jefe de la Guarnición Federal en el Estado, C. Bernardo Reyes, para que mandara una fuerza de la Federación á Navojoa, en cuya virtud marcharon en Diciembre para aquel pueblo, 150 soldados del 6º Batallón á las órdenes del Teniente Coronel Pedro A. Gutiérrez. Con esto se restableció la calma por completo y se dieron de baja los 50 hombres que aún mantenía allí el Gobierno.

Esta revolución del Mayo costó bien cara al Estado, pues además de las armas y pertrechos de guerra que se habían comprado para ello y que se consumieron ó se perdieron, y de las cantidades que fueron gastadas durante la revuelta, se quedaron debiendo al comercio y vecindario de Alamos más de treinta mil pesos que mi predecesor el C. Felizardo Torres, se vió en la necesidad de reconocer y mandar pagar con la autorización que para ello le con-